

le notaba el mismo fuego, la misma nobleza, la misma belleza de rostro.

Después de persuadir á Pio VII de que era mas poderoso que nunca, de que contra su voluntad no prevaleceria ninguna otra mas que antes, quitóle Napoleon toda esperanza de recuperar á Roma, y le manifestó la resolucion irrevocable de no abandonar jamás á una influencia extranjera la mas mínima porcion de Italia. De consiguiente solo entre Aviñon y Paris le quedaba que elegir al gefe de la Iglesia. Mejor le estaba optar por Paris, segun Napoleon afirmaba. Allí estaria venerado, rodeado de toda especie de homenajes, y veria al emperador de los franceses dispuesto del todo á tenerle el estribo, como lo ejecutaban los emperadores germánicos en otro tiempo. Además lograria la certidumbre de que ya no se renovarían los altercados, pues, apenas asomaran dificultades, un momento de explicaciones cordiales entre los dos soberanos atajaría en su origen cualquier conflicto. Pero al cabo, ya que esto no le agradaba, no habia mas que preferir á Aviñon, lugar ya consagrado por una larga residencia de los Papas. Se iban á expedir las órdenes sin demora, y muy luego se hallaria todo dispuesto para que allí encontrara la existencia mas suntuosa. En Aviñon recibiria libremente á los embajadores de todas las potencias, quienes gozarian de los privilegios y de la independencia de la diplomacia, aun cuando pertenciesen á naciones que estuvieran con Francia en guerra, y los cuales se podrian dirigir á la nueva corte pontificia por el mar y el Ródano, casi sin tocar en el territorio del Imperio. Se le señalarian dos millones de francos de renta, para indemnizarle

de los bienes vendidos en los Estados romanos. Se le devolverian todos los bienes, cuya venta no estaba aun consumada, hallándose la mayor parte en este caso, y serian administrados por sus agentes. Por complacerle se restablecerian las sedes suburbicarias, y nombraria sus obispos. Además, tendria á su eleccion sobre diez diócesis el derecho de nombramiento en Francia ó en Italia, para tener asi con que recompensar á los servidores de su gobierno, sin contar el nombramiento de los cardenales, que no cesaria de corresponderle. Los que aun vivian de los prelados de los Estados romanos, cuyas sedes fueron suprimidas, y que originaban uno de los mas graves desvelos del Papa, tendrian la calidad, el título y la situacion de obispos *in partibus*, y durante su vida recibirian del tesoro francés una asignacion igual á las rentas de sus diócesis antiguas. Estos formarian una nueva legion de dignatarios eclesiásticos que darian á la corte de Aviñon todavia mas brillo. Al hermoso pais de Vaucluse y cerca del Papa se trasladarian los archivos romanos, las grandes administraciones de la penitenciaria, de la dataria, de la propaganda, etc., y se establecerian convenientemente en la nueva Roma pontificia, que se iba á consagrar toda entera á su glorioso destino.

Nada, pues, tendria que echar de menos el Papa, ni riquezas, ni brillo soberano, ni independencia, ni poder, pues arreglaria todas las materias religiosas á su agrado, segun lo hacia antes en Roma y tan libremente. Nada mas perderia que el poder temporal, vana ambicion de los pontifices, grave peligro para la religion que siempre ha pa-

decido por efecto de las disidencias entre los soberanos temporales de Roma y los príncipes cristianos. Tratando de este asunto desplegó Napoleon toda su sutileza y toda su lógica apremiante para convencer á Pio VII. Aplicóse particularmente á persuadirle que el deslinde de las dos potestades, espiritual y temporal y la abolicion de la postrera, constituian una revolucion inevitable del tiempo, la cual en nada interesaba á la religion, ni á su influencia, ni á su perpetuidad. Efectivamente, ¡cuántas cosas de veinte años á aquella parte que no se habian visto nunca, y que nunca se imaginaran siquiera, y que á pesar de todo habia necesidad de admitir puesto que estaban consumadas! Luis XVI y María Antonieta sobre el cadalso; Napoleon, un simple oficial de artilleros, en el palacio de las Tullerías, esposo de María Luisa, empuñando el centro de Occidente; los emperadores alemanes reducidos al imperio de Austria; la casa de los Borbones excluida de todos los tronos; el descendiente de Federico el Grande reducido al estado de un elector de Brandeburgo; borradas las antiguas clases, exigentes los pueblos, casi mandando á sus soberanos, excepto á Napoleon, el solo que los contenia en el mundo; finalmente, la faz del universo cambiada, ¿no era todo esto bien extraordinario, y no hablaba todo un lenguaje tan claro como irresistible? ¿No figuraba evidentemente el poder temporal de los Papas como una de las cosas destinadas á desaparecer al modo que tantas otras? ¿Y no habia hasta que dar gracias al cielo de haber elegido por instrumento de estas revoluciones á un hombre como Napoleon, nacido en la religion católica, poseyendo todos sus recuerdos, amándola

como su religion material, sabiendo cuanto precio tenia para los hombres, y resuelto á defenderla y á hacer que floreciese?—Con especialidad en este punto, mostróse Napoleon felizmente inspirado y produjo sobre el Pontífice una impresion muy viva.—¡Suprimid, le decia, entre nosotros, esta vana dificultad de la soberania temporal, suprimidla, y vereis lo que por la religion hacemos vos y yo libres de estas molestias!—Y entonces le señalaba la Iglesia germánica destruida, privada de sus bienes por la codicia habitual de los príncipes alemanes, y no esperando ni pudiendo alcanzar su restablecimiento mas que de él solo; la iglesia de Holanda, la iglesia de las provincias anseáticas pudiendo ser, no mantenidas, pues no existian ya hacia dos siglos, sino restauradas; por ejemplo, una sede católica próxima á ser restablecida en Hamburgo; la iglesia española, la iglesia italiana, actualmente destruidas y necesitando de quien las salvase: por fin, todo este universo cristiano, dependiente del emperador de los franceses, de su voluntad pujante, y cercano á renacer ó á extinguirse á una palabra que saliera de su boca. Pues bien, añadia, reconciliado con el Papa, vuelto al reposo por la paz europea, que no podia tardar mucho, no teniendo ya que discutir con el Pontífice acerca de vulgares intereses de territorio, dignos apenas de ocupar á príncipes de cuarto orden, pero de ningun modo al gefe de la Iglesia universal y al gefe del Imperio francés, se aplicaria á hacer á la religion mayores beneficios que la hizo Carlo-Magno. ¡Ante un porvenir de esta especie, cómo andar en debates y en vacilaciones! Elegido habia la Providencia á un Pontífice dulce,

virtuoso, modesto, para restituir á la religion la fuerza, el desinterés de los apóstoles, y con su desinterés su influencia sobre las almas, y á él, hombre de guerra, acostumbrado á superar todas las dificultades del mundo, para operar esta revolucion sin que la religion se debilitara de resultas, y por el contrario de modo que ganase en poder moral lo que en poder material perdiese.

Seducido y vencido el excelente Papa, á quien se habian escrito ó dicho especies análogas á menudo, si bien nunca oyó expresarlas á nadie con el calor, la elocuencia y el aire de persuasion que Napoleon las daba, se decia que efectivamente habian cambiado muchas cosas; que muchas cambiarian aun sin duda; que verosimilmente una de las destinadas á acabar del todo era el poder temporal de los papas, si bien, dando Napoleon su ayuda, no arrastraria consigo ninguno de los apoyos de la religion, ninguno de sus medios de influencia. Asi era un sacrificio material por esencia el que habia que hacer en obsequio de la religion misma, y por tanto figuraba como acto de desinterés y no de flaqueza, acto honroso y no infame, el de asentir á los ajustes propuestos. De este modo abogaba con Napoleon en el fondo de su alma, y luego, cuando necesitaba decidirse, caia en invencibles perplejidades.

Al cabo de tres ó cuatro dias de estas entrevistas reiteradas, hizo Napoleon comprender al Sumo Pontífice que era forzoso resolverse, y como la redaccion tocaba al Papa no menos que lo sustancial de las cosas, prometiéndole hallar una fórmula que no despertara sus escrúpulos en lo mas leve, ni cargara su memoria con ningun peso insoportable.

Napoleon envió á buscar de seguida á uno de sus secretarios y puso manos á la obra. Lo que mas costaba á Pio VII era reconocer la toma de posesion del patrimonio de San Pedro por una potestad cualquiera, y abandonarlo formalmente con la aceptacion de un establecimiento fuera de Italia. Zanjada fué por Napoleon esta dificultad, conviniendo en que no se hablara ni del abandono de Roma, ni del establecimiento en Aviñon, sino de la existencia independiente del Padre Santo, y del libre ejercicio de su potestad pontificia en el seno del Imperio francés, como si se hallara en sus propios estados. Por tanto, adoptóse el texto siguiente: *Su Santidad ejercerá el pontificado en Francia y en el reino de Italia del mismo modo y con las mismas formas que sus predecesores.* Solamente se entendió que seria en Aviñon y no en otra parte. Añadióse de seguida en términos formales que el Papa recibiria cerca de sí á los embajadores de las potencias cristianas, revestidos con la plenitud de los privilegios diplomáticos; que volveria á entrar en el disfrute y en la administracion de los bienes no vendidos en los Estados romanos; que se le darian dos millones de francos de renta por compensacion de los bienes ya enagenados; que haria los nombramientos para las sedes suburbicarias y para diez diócesis que se designarian mas tarde ya en Francia, ya en Italia; que los antiguos obispos titulares de los Estados romanos conservarían su título bajo la forma de obispos *in partibus*, y gozarian una asignacion igual á la renta de sus sedes; que el Papa tendria en torno suyo todas las administraciones de la cancilleria romana; que el Papa y el emperador se pondrian de acuerdo para la crea-

cion de nuevas sedes católicas, ya en Holanda, ya en los departamentos anseáticos, cláusula en que el Papa tenía particular empeño, para que resaltase lo que ganaba la religion en este último concordato; y finalmente, que el emperador restituiría á su gracia á los cardenales, prelados, eclesiásticos y legos, comprometidos á consecuencia de los últimos disturbios religiosos. Estipulóse que la institucion canónica se daría á los obispos nombrados por la corona en las formas y los plazos determinados por el último breve del Papa, esto es, dentro de seis meses á contar desde el nombramiento por la autoridad temporal, y que si la corte pontificia no fallaba al cabo de este plazo, pudieran conferir la institucion negada ó diferida el prelado mas antiguo de la provincia. A estas cláusulas quiso el Papa con insistencia que se añadiera otra, la cual nada tenía de disposicion de ley ó de tratado, si bien era á sus ojos una excusa, como que se hallaba concebida en los términos siguientes: *Se presta el Papa á las disposiciones susodichas en consideracion al estado actual de la Iglesia, y en la confianza que le ha inspirado S. M. de que otorgará su proteccion poderosa á las numerosísimas necesidades que la religion tiene en los tiempos en que vivimos.*

Aun teniendo la fuerza obligatoria de un tratado, se convino por último en que el concordato actual no se publicara, hasta que fuera comunicado á los cardenales, quienes tenían derecho de conocerlo como consejeros naturales y necesarios de la Iglesia.

Napoleon hizo cuanto fué del gusto del Padre Santo, admitió sin reserva los cambios de reduc-

cion que propuso, ejecutándolos al instante sobre la minuta del tratado el secretario que llevaba la pluma; luego, cuando ya estuvo convenido todo, así el texto francés como el texto italiano, se enviaron uno y otro á los escribientes encargados de sacar las copias, y estando reunidas las dos cortes pontificia é imperial la misma noche del 25 de enero, el Papa y el emperador firmaron este acto extraordinario, que aniquilaba el poder temporal del papado, para siempre en concepto de Napoleon y del Papa, para muy corto tiempo segun los recónditos designios de la Providencia. Prodigando Napoleon testimonios de veneracion á Pio VII, haciendo que se le colmara de todo linage de felicitaciones, no le dejó un instante para reflexionar sobre lo que habia ejecutado, y le embriagó hasta cierto punto, colocándole en medio de una nube de incienso. Para probarle su alegría, y la vuelta de su buena voluntad completa, sin demora expidió órdenes para que fueran puestos en libertad y llevados á París los cardenales encarcelados y conocidos con los nombres de *cardenales negros*. No tuvo tasa en las mercedes y en los favores: llamó al Consejo de Estado al obispo de Nantes, á quien dió además la cruz de oficial de la Legion de Honor y el gran cordon de la orden de la Reunion: nombró consejero de Estado y oficial de la Legion de Honor al obispo de Tréveris; dió el gran cordon de la Reunion al cardenal Maury y al arzobispo de Tours, la cruz de la Legion de Honor á los cardenales Doria y Ruffo, la condecoracion de la Corona de Hierro al arzobispo de Edesa, las sillas de senadores al cardenal de Bayane y al obispo de Evreux, una pension de seis mil francos al médico

del Papa y regalos magníficos á cuantos contribuyeron al acto importante recién consumado.

Después de pasar aun dos días mas en Fontainebleau, durante los cuales esforzóse por acreditar su viva satisfacción al Papa, tomó la vuelta de París el 27 de enero, con el convencimiento de haber dado cima á un acto que tal vez no sería definitivo, si bien por de pronto produciría gran efecto sin duda. Apresuróse á publicar en los periódicos oficiales, que por un concordato se acababan de ajustar las diferencias suscitadas entre el Imperio y la Iglesia, é hizo propalar de viva voz, aunque no imprimir, que el Papa se iba á establecer en Aviñon. Escribió á Holanda, á Turin, á Milan, á Florencia, á Roma, á todos los representantes de su autoridad, para anunciarles tan trascendental ajuste, para imponerles en sus pormenores y autorizándoles á divulgar su sentido, no su texto, y á hacer cuanto fuera necesario para restituir la calma á las conciencias perturbadas.

Esta calma no debía ser duradera, pues era fácil de prever que, tan luego como los consejeros naturales del Papa volvieron á su lado, tratarían de poner su espíritu en tortura, reconviniéndole por el acto á cuyo pié había estampado su firma, poniéndole de manifiesto lo grave de las consecuencias, y la inoportunidad sobre todo, en vísperas de una guerra, que para Napoleon podía no ser ventajosa. Efectivamente, apenas fueron admitidos en Fontainebleau los cardenales negros, vióse tornar otra vez triste y sombrío el espíritu del Papa, tan alegre y satisfecho durante algunos días. Los cardenales di Pietro y otros le demostraron que había abolido imprudentísimamente el poder

temporal del papado, y operado de consiguiente por autoridad propia una inmensa revolución en la Iglesia, y abandonado el patrimonio de San Pedro que no le pertenecía, y todo sin necesidad alguna, hallándose Napoleon en vísperas de ruina; que se le había engañado tocante á la situación de Europa, y que no le debía ligar acto semejante, obtenido por sorpresa, ya que no arrancado. En suma trataron de inspirarle mil terrores, mil remordimientos, y le trazaron un cuadro del estado de las cosas como solo podía sugerirle la pasión mas violenta, cuadro que desgraciadamente, por culpa de Napoleon, debía resultar verdadero muy pronto, pero que á la sazón todo hombre cuerdo juzgara falso ó exageradísimo al menos, pues, á pesar de hallarse quebrantado el imperio francés en la opinión del mundo, todavía llenaba de hondo terror á sus enemigos.

Estos consejos sumieron al infortunado Pio VII en aquel estado de agitación y de desesperación, en que tantas veces le hemos visto, y en que perdía la atractiva dignidad de su carácter. ¿Pero cómo salir del apuro? ¿Cómo negar ó revocar una firma todavía fresca? ¿Quién osara aconsejárselo? Nadie, ni aun los cardenales que, gracias al último concordato acababan de recuperar su libertad, su admisión al lado del Papa, y la facultad de restituirle el espíritu y el corazón. Temido hubieran ver cerrarse nuevamente detrás de ellos las puertas de las prisiones de Estado. Se convino, pues, entre ellos y el Sumo Pontífice que se disimularia, y no se aparentaria ningun cambio de disposiciones, aguardando los sucesos que no podían menos de estar cercanos. Efectivamente, antes de uno ó dos

años no estaria Añion dispuesto para corte pontificia: hasta entonces no se podia exigir del Papa ningun acto oficial derivado de sus nuevos compromisos: además no debia publicarse el concordato: no habia mas que guardar silencio, resignarse algun tiempo mas á la vida reclusa que se pasaba en Fontainebleau, rehusar dulcemente bajo diversos pretextos la pompa con que Napoleon aspirara á rodear al papado hecho francés, y encerrarse, como se habia hecho siempre, tocante á las bulas de institucion canónica reclamadas de tanto tiempo hacia por los nuevos prelados, en una simple abstension sin negativa.

Adoptado el plan este, se necesitara mas imperio sobre sí propio del que poseia el Padre Santo, para ocultar completamente lo que pasaba en su alma. Muy luego echó de ver su turbacion el hábil capitan Lagorsse, que bajo la investidura de chambelan le custodiaba, y adivinó la causa de ella, al notar que las agitaciones del infortunado Pontífice coincidian siempre con las visitas de los cardenales mas marcados por su malevolencia. Lo puso en noticia de Napoleon por conducto del ministro de Cultos, causándole no poca sorpresa con la relacion de lo que acontecia, y haciéndole exclamar á la vista del uso que hacian de su libertad aquellos á quienes acababa de devolverla.—Creo que hemos obrado harto de prisa.—Pronto tuvo un indicio bastante cierto, aunque muy disimulado, de las secretas resoluciones de Pio VII. Detenido el agosto cautivo desde 1809 ya en Savona, ya en Fontainebleau, jamás se tuvo que ocupar en las rentas de su casa, pues se satisfacian todos sus gastos sin que se mezclara en ello. No obstante,

cómo podia ocurrirle hacer algunas limosnas ó liberalidades, se aprovecharon diversas ocasiones de ofrecerle dinero, que rehusó de continuo, aun brindándole de la manera mas delicada. Ahora, vuelto á la soberanía, teniendo además derecho á muchos servicios, y teniendo además derecho á hacerle con rentas que le estaban regularmente asignadas, podia aceptar sin desdoro. Napoleon envióle agentes del tesoro imperial para poner á su disposicion las sumas que necesitara. Con dulzura y sin afectacion rehusó estas últimas ofertas, como si aun no hubiera llegado la hora de entrar ostensiblemente en el ejercicio de su nueva soberanía.

No se necesitaba mas para adivinar las resoluciones y los cálculos de los hombres que dirigian al Papa. Pero Napoleon era tan astuto como el que mas de ellos. Notaban que no querian meter ruido, y él no lo queria tampoco. Lo que le importaba no era que los asuntos de la Iglesia estuviesen ajustados, sino que lo pareciesen, y por algun tiempo lo pareceria cuando menos á los ojos de las masas. En todas partes, hasta en las provincias mas remotas del Imperio, publicóse que entre el Papa y el emperador se habia firmado un concordato; que el Papa estaba libre y se iba á dirigir á la sede, desde donde ejerceria la potestad pontificia; que en suma estaban terminadas todas las dificultades religiosas. Algunos individuos, mas al cabo de la intriga romana, procuraron responder que esto era mentira, y que el Papa no habia consentido en cosa alguna. Hasta hubo quienes se atrevieron á divulgar que Napoleon habia querido violentar á Pio VII sin conseguir nada, lo cual ha suministrado posteriormente á ciertos escritores la

ocasion de avanzar que Napoleon habia arrastrado por el suelo al anciano venerable, tirandole de sus cabellos blancos (escena apenas creíble en la edad media). Pero la muchedumbre piadosa é inocente, ignorando estos supuestos arcanos, corrió al pié de los altares á dar á Dios acciones de gracias por el nuevo concordato, y se puso á esperar, como Napoleon lo deseaba, que esta paz del cielo le vadiese quizá la de la tierra.

Dos meses hacia que Napoleon se hallaba en París de vuelta, y ya se ve cuán vigorosamente habia puesto la mano en todo, diplomacia, guerra, hacienda, culto. Llegado era el momento de abrir el Cuerpo legislativo, formalidad ya tan insignificante bajo su reinado que nunca se sabia el dia fijo en que empezaba sus trabajos, ni el dia en que los daba remate. Por el contrario, ahora se dedicaba un vivo interés á la sesion de apertura, y era un síntoma sorprendente del cambio operado en los ánimos. Sin pensar todavia la nacion en volverse á apoderar de los negocios, imprudentemente abandonados á un genio prodigioso, bien que sin freno alguno, queria al menos conocerlos, y deseaba leer el discurso que el emperador pronunciara, si, como se daba por supuesto, abria el Cuerpo legislativo en persona.

Asi intentaba Napoleon hacerlo efectivamente, para hablar por sí mismo á Francia y á Europa desde lo alto de su trono, quebrantado sin duda, pero todavia el mas elevado del universo. Contando todos los dias sus recursos, viendo nuevamente afluir los medios bajo su mano poderosa, combinando sus vastos planes militares, habia recobrado una entera confianza en sí propio, y queria que, por la

altivez de su lenguaje, conociera el mundo el estado de su alma y la índole de sus resoluciones.

De consiguiente el domingo 14 de febrero dirigióse al Cuerpo legislativo, para hacerle el honor, que no le concedia á menudo, de abrir su legislatura en persona, y darle noticia del Estado de los asuntos del Imperio. Rodeado de una comitiva magnífica leyó el siguiente discurso, cuya imprudencia igualaba por desgracia á su brillantez y energía.

«Señores diputados de los departamentos en el Cuerpo legislativo.

»La guerra encendida en el Norte de Europa ofrecia una ocasion favorable á los proyectos de los ingleses en la Península. Han hecho grandes esfuerzos. Todas sus esperanzas han salido fallidas.... Su ejército ha fracasado delante de la ciudadela de Burgo, y despues de experimentar pérdidas enormes, ha debido evacuar el territorio de todas las Españas.

»Personalmente he penetrado en Rusia. De continuo han quedado victoriosos los ejércitos franceses en los campos de Ostrowno, de Polotsk, de Mohilew, de Esmolensko, del Moskowa, de Malo-Jaroslawetz. Delante de nuestras águilas no se han podido mantener firmes en ninguna parte los ejércitos rusos. Moscou ha caido en nuestras manos.

»Forzadas las barreras de Rusia y reconocida la impotencia de sus tropas, un enjambre de tártaros ha vuelto sus manos parricidas contra las mas hermosas provincias de este vasto imperio, á cuya defensa estaban llamados. En pocas semanas, á pesar de las lágrimas y de la desesperacion de los infelices moscovitas, han incendiado mas de cua-

tro mil aldeas suyas de los mejores, mas de cincuenta ciudades excelentes, saciando asi su antiguo odio, bajo pretexto de retardar nuestra marcha, rodeándonos de un desierto. De todos estos obstáculos hemos triunfado. Ni aun el mismo incendio de Moscou, donde en cuatro dias han aniquilado el fruto de los trabajos y de los ahorros de cuarenta generaciones, habia alterado en nada el estado próspero de mis negocios.... Pero el rigor excesivo y prematuro del invierno ha hecho pesar sobre mi ejército una calamidad horrorosa. En pocas noches lo he visto cambiar todo. He experimentado pérdidas grandes. Destrozado hubieran mi alma, si en circunstancias tan graves debiera ser accesible á otros sentimientos que al interés, á la gloria y al porvenir de mis pueblos.

»A la vista de los males que han pesado sobre nosotros ha sido grande el júbilo de Inglaterra, y no han hallado límites sus esperanzas. Para recompensar la traicion ofrecia nuestras mas bellas provincias. Por condicion de la paz establecia el destroz de este hermoso imperio; lo cual equivalia en otros términos á proclamar *la guerra perpétua*.

»La energía de mis pueblos en estas solemnes circunstancias, su adhesion á la integridad del imperio, su acreditado amor á mi persona, han disipado todas estas quimeras, y traído á nuestros enemigos á un sentimiento mas justo de las cosas.

»Las desgracias producidas por el rigor de las escarchas han hecho resaltar en toda su extension la grandeza y la solidez de este imperio, fundado sobre los esfuerzos y el amor de cincuenta millones de ciudadanos, y sobre los recursos territoriales de las mas hermosas comarcas del mundo.

»Con viva satisfaccion hemos visto á nuestros pueblos del reino de Italia, á los de la antigua Holanda, y á los de los departamentos reunidos, competir con los antiguos franceses, y conocer que para ellos no hay esperanza, ni porvenir, ni bien alguno, sino en la consolidacion y el triunfo del grande Imperio.

»En todos los paises vecinos propagan los ingleses el espíritu de rebelion contra los soberanos. Inglaterra desearia ver presa á todo el continente de la guerra civil y de los furoros de la anarquía; pero la Providencia la ha designado para primera victima de la anarquía y de la guerra civil.

»Directamente he firmado con el Papa un concordato, que por fortuna pone término á todas las diferencias que se habian suscitado en la Iglesia. La dinastía francesa reina y reinará en España. Estoy satisfecho de la conducta de todos mis aliados. No abandonaré á ninguno; mantendré la integridad de sus Estados. Los rusos volverán á entrar en su espantoso clima.

»Deseo la paz: es necesaria al mundo. Despues de la ruptura seguida al tratado de Amiens, la he propuesto cuatro veces mediante solemnísimos pasos. Nunca haré mas que una paz honrosa y conforme á los intereses y á la grandeza de mi imperio. Mi política no es misteriosa; he dado á conocer los sacrificios, cuya realizacion me es posible.

»Mientras la guerra marítima dure, mis pueblos deben estar dispuestos á toda clase de sacrificios; porque una mala paz nos lo haria perder todo, hasta la esperanza, y todo lo comprometeria, hasta la prosperidad de nuestros nietos.

»Para hacer respetar la soberanía de su pabe-



Non ha recurrido América á las armas. La acompañan los votos del mundo en tan gloriosa lucha. Si la termina obligando á los enemigos del continente á reconocer el principio de que el pabellon cubre la mercancía y la tripulacion, y de que los neutrales no deben estar sujetos al bloqueo sobre el papel, todo con arreglo á las estipulaciones del tratado de Utrech, América merecerá bien de todos los pueblos.

» Mi ministro de lo Interior os hará conocer en la exposicion de la situacion del Imperio el estado próspero de la agricultura, de la industria y de nuestro comercio interior, así como el aumento siempre constante de nuestra poblacion. En ningun siglo han rayado en mas alto grado de prosperidad la agricultura y la industria de Francia.

» Necesito de grandes recursos para hacer frente á todos los gastos que exigen las circunstancias; pero, mediante diversas medidas que os propondrá mi ministro de Hacienda, no tendré que imponer ninguna nueva carga á mis pueblos.»

Este discurso, de indole propia á conmover los ánimos hasta lo sumo, fué recibido con las aclamaciones que acogen casi siempre al príncipe vulgar ó grande, sólidamente establecido ó amenazado, que se presenta á los ojos de la muchedumbre. Si fuera licito olvidar un instante que la prudencia constituye la primera cualidad en el gobierno de los Estados, se admiraría de buen grado esta indomable altivez á la cabeza de un vasto imperio, estas condiciones de paz tan atrevida como imprudentemente trazadas al mundo. Sin embargo, al pensar en la situacion de Europa, al resonar de un extremo á otro del continente los gritos del

patriotismo rebelado, se deplora que tan bello lenguaje introdujese tantas dificultades en las negociaciones, únicas que podian conducir á la paz y atajar el derramamiento de sangre humana. ¿Qué iba á decir con efecto la Inglaterra de la declaracion de que la *dinastía francesa reinaba y reinaria en España*? ¿Qué iban á decir los grandes estados interesados en la distribucion del gran ducado de Varsovia de la declaracion de que *Francia mantendria la integridad del territorio de todos sus aliados*? ¿Qué iba á decir, y sobre todo, qué iba á hacer el Austria, encargada de avenir á las potencias, si se le imposibilitaba llevarlo á cabo?

Tales eran las preguntas desconsoladoras que suscitaba este discurso; pero no se las podia dirigir el público, ignorante de los secretos de los gabinetes. Adecuada era la firmeza del lenguaje imperial para tranquilizarle, al menos hasta cierto punto, y para imponer á la Europa. Esto habia de político en tan impolitico discurso. Por lo demás, los mismos sucesos harán juzgar de sus resultas.

Difícilmente se formaria idea del cambio que en el trascurso de algunos dias se operó en Alemania ya tan alterada. Por no ser dueño de sus determinaciones habia acabado el rey de Prusia, despues de retirarse á Breslau, para ser mas independiente de los franceses y de sus súbditos al propio tiempo. Siempre convencido de que el único medio de salir sano y salvo del caos de los sucesos actuales, consistia en tener muchos soldados sobre las armas, no aguardó las respuestas á las cuestiones planteadas en Paris para ordenar nuevos alistamientos. Varios edictos publicó y dos especialmente, uno para comprometer á los jóvenes